

**DISCURSO**  
PARA EL DÍA 9 DE MAYO.

~~~~~  
**MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA.**  
~~~~~

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.—Grandeza de María en su dignidad.**

SUBDIVISIONES.—1. María da á luz al Hombre Dios.—2. María gobierna á Jesucristo.—3. María es glorificada por Jesucristo.

**PUNTO SEGUNDO.—Grandeza de María en el ejercicio de su dignidad.**

SUBDIVISIONES.—1. Ejercicio en profecía.—2. Ejercicio en el cumplimiento de ella.—3. Ejercicio en la Iglesia.

**PUNTO TERCERO.—Grandeza de María en su poder.**

SUBDIVISIONES.—1. Razón de este poder.—2. Naturaleza de este poder.—3. Teatro de este poder.

~~~~~  
*Mulier amicta sole.*  
Una mujer vestida del sol.  
(APOC., XII. 1.)

LA primera grandeza del hombre, su grandeza mayor, más íntima, más personal, es, A. O. M., la pureza ó la santidad. La pureza es el orden y la armonía; y el orden y la armonía son la primera luz que resplandece en los seres. Hé aquí la causa de que Dios, queriendo realizar en María la más asombrosa grandeza á que haya sido elevada criatura alguna, la concedió en el primer instante de su vida el dón de una pureza sin mancha. Sacando de los tesoros de su infinita bondad el alma más hermosa de cuantas había criado, la unió, después de adornarla de pureza, de gracia y de inocencia, á un cuerpo, digno, bajo todos conceptos, de esta triple belleza. Ved aquí lo que forma el milagro de la Concepción Inmaculada; grandeza primordial que fué en la Santísima Virgen el principio de la grandeza á que personalmente debía elevarse por medio de la perpetua correspondencia á la plenitud de las gracias que había recibido. Pero la grandeza personal de nuestra augustísima Madre tenía su fundamento en otra que Dios le preparaba, y era su grandeza pública.

María recibió el privilegio de la inmaculada Concepción, porque

había sido predestinada al privilegio de la maternidad divina. De esta última grandeza es de la que vengo á hablaros hoy, H. M. Para hacéroslo comprender, recurriré menos á la pompa de las palabras que á la fuerza de las cosas, procurando descubrir el secreto en las relaciones positivas que unen á la Santísima Virgen con su Divino Hijo. De este modo veréis desplegarse á vuestros ojos la verdadera grandeza de María, tal cual en efecto es; quiero decir, como una comunicación, un reflejo de la grandeza de Jesucristo, según la frase que he elegido por texto: «Ví una mujer vestida del sol, *Mulier amicta sole.*»

Os he presentado, H. M., el asunto y división de mi razonamiento. Para fijar más vuestra atención, añadiré que tres cosas, sobre todas las demás, constituyen la grandeza que llamo pública, á saber: la dignidad, el ejercicio, y el poder. Según esto, la Santísima Virgen María, en virtud del misterioso vínculo que la une al Salvador; más claro, en virtud de su divina maternidad, ha sido elevada á la más alta dignidad, al más alto ejercicio y al más alto poder; dichoso yo, A. H., si hablándoos de las grandezas de nuestra Santísima Madre, consigo moveros á que, en justa correspondencia, cumpláis vuestros filiales deberes, tributando á su dignidad vuestro respeto, al ejercicio de ella vuestro afecto, y á su poder vuestra confianza. Pidámoslo así al Espíritu Santo, por mediación de la Santísima Virgen.

AVE MARÍA.

**PUNTO PRIMERO**

GRANDEZA DE MARÍA EN SU DIGNIDAD.

La primera grandeza pública de María es su dignidad. Dignidad, en su más lato sentido, significa puesto ó grado que ocupa un sér en la jerarquía de los seres. Ahora bien; la Santísima Virgen María, por su divina maternidad, asciende á lo más alto á que llegar puede una pura criatura, pues que con Dios procrea á Jesucristo; con Dios gobierna á Jesucristo; con Dios, en fin, es glorificada por Jesucristo. Estos tres grados de dignidad nos van á conducir á lo más alto de ella; á la dignidad incomparable de nuestra Madre Santísima.

Desde luego, H. M., vemos á la Virgen admitida al honor de procrear con Dios á Jesucristo; es decir, asociada al Criador para la más grande obra de sus creaciones, la creación de su mayor obra. La obra mayor de Dios Criador no es este mundo visible, cuya armonía escucha desde el fondo de su eternidad. La mayor obra de Dios, tampoco es el mundo espiritual, tan superior al mundo de la materia, que el último de los espíritus está más alto que el primero de los cuerpos. La obra mayor de Dios no es ni aún el hombre, maravilloso compen-

dio del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus, y que Dios, sin embargo, halló tan hermoso, que después de haberlo criado lo admiró como á un reflejo de su propia hermosura, aplaudiéndose de haberlo hecho así. La obra mayor de Dios no es siquiera la criatura de cuya grandeza estoy hablando en este instante, y eso que la Inmaculada Virgen es más hermosa que la primera Eva revestida de inocencia, de justicia y de inmortalidad. La obra mayor de Dios, H. M., es aquel á cuyo nombre os inclináis por amor y por respeto; es Jesucristo Nuestro Señor. Esta es la mayor obra del Hacedor Supremo.

Decía yo que la Santísima Virgen fué admitida al honor de ejecutar con Dios esta grande obra, porque, en efecto, quitando la acción de Dios generador eterno del Verbo, no queda en Jesucristo sino lo que es hombre, y nada de lo que es Dios; al paso que, quitando la acción de María en la Encarnación del Verbo, no queda en Jesucristo nada de lo que es hombre, y sí todo lo que sea Dios. De un lado y de otro resulta un Dios, ó un Hombre, pero no un Hombre-Dios; porque Jesucristo es lo que es en virtud de la divinidad emanada del seno de Dios, y de la humanidad comunicada del seno de María. Este es Jesucristo en su unidad personal, confluencia misteriosa de dos fuentes que se unen sin confundirse. *Ecce misterium dico* (I, COR., XV, 51); hé aquí el gran misterio. Ya veis, H. M., demostrado que María fué asociada verdaderamente al honor de ejecutar con Dios la mayor obra de Dios. No es otra la primera grada de su dignidad, por la que subiremos á la segunda, con el fin de conocer que María gobierna con Dios á Jesucristo.

Lo que más eleva al hombre á sus propios ojos y en la consideración de los demás, es el derecho de mando. Y debe ser así, en efecto, porque el mandar es acto de supremacía, así como la obediencia es la confesión y el reconocimiento espontáneo de esa supremacía no disputada. Ved aquí, H. M., por qué el amor de nuestra propia grandeza se identifica en nosotros con el amor á gobernar; y se confunde hasta tal punto, que nos figuramos haber subido en grandeza tanto como nos vemos obedecidos por otros. Pero notad en esto una circunstancia especial, y es, que el que nos obedece nos eleva con su propia grandeza, en cuanto, sometiéndose á nosotros, declara reconocernos en posición más elevada que él, aunque no sea sino bajo cierto punto de vista. Sentemos, pues, como incontestable principio, que la dignidad del que manda está en proporción de la grandeza del que obedece. De aquí deduciréis vosotros, A. H. M., qué tal debió de ser la dignidad de María, cuando tuvo el honor de mandar á Jesucristo, á Jesucristo, cuya grandeza personal la eleva sobre lo más alto de la creación; á Jesucristo, en fin, constituido por su grandeza pública en Soberano inmortal que extiende su cetro sobre toda criatura.

Acaso me objetéis ser imposible que la criatura gobierne al Criador, y que María, por lo tanto, no pudo mandar á Jesucristo. Es in-

dispensable, H. M., no retroceder ante las consecuencias necesarias de principios ciertos. María, respecto á Jesucristo, aparece como una madre respecto de su hijo; porque María, en todo rigor, es con el Omnipotente autora de Jesucristo. Notad bien la filosofía de estas palabras. Todo el que es *autor* de una cosa, tiene *autoridad* sobre esa cosa; por consiguiente, María ha de aparecer, y aparece en efecto, á los ojos de su Hijo, no solamente con una grandeza que El acata, sino con una autoridad á la que obedece. Sí, no lo dudéis, H. M.: esa grandeza, ante la cual se postra toda criatura; esa Majestad en cuya presencia toda majestad desaparece; ese Príncipe, ese Rey, ese Dios, en una palabra, es gobernado por una mujer, á quien presta obediencia y sumisión.

No desconozco que vuestra razón se asombrará, se pasmará de semejante milagro; pero el milagro existe; milagro doble, dice San Bernardo á este propósito, á cuya vista sentimos doble asombro, no sabiendo cuál de los dos admirar más: si el milagro de la humildad del Hijo, ó el milagro de la grandeza de la Madre. Que un Dios obedezca á una mujer, es humildad que no tiene ejemplo; pero que una mujer mande á Dios, es una excelencia de que nadie ha podido nunca participar. Reflexionemos, H. M., qué si es glorioso para las vírgenes seguir los pasos del Cordero á cualquier parte donde vaya, ¿cuál será la gloria de la que es Virgen por excelencia, al guiar, en vez de seguir, al mismo Cordero? ¡Ah! Jesucristo solamente es el que puede glorificar á su Madre de un modo digno de El. Acabo de indicar el tercer grado de la dignidad de María, que es el haber sido glorificada como Dios por Jesucristo.

Jesucristo, en efecto, glorifica á María. Ya sabéis que todos los seres creados tienen el deber de glorificar á Dios, según la medida de su perfección, por cuanto todo ser debe reflejar las perfecciones del Creador, en la propia medida con que le han sido comunicadas. Si Jesucristo, pues, como no ha mucho decíamos, es la obra mayor de Dios, tiene que ser no sólo más que todos los mundos existentes, sino más también que todos los mundos posibles; y en consecuencia de esta supremacía, puede, con un solo latido de su corazón, con una sílaba que sus labios pronuncien, glorificar al Criador más eficaz y poderosamente que todos los mundos juntos con la armonía de sus cielos. Pues bien: Dios reclama de Jesucristo esta glorificación, como Autor de la humanidad que glorifica al Criador; María, por otra parte, reclama también la misma glorificación, como Autora de la humanidad que tributa á Dios honor y gloria, puesto que María contribuyó á dar á Jesucristo el poder de glorificar á su Padre. Indudablemente; cuando la Madre augusta mira cara á cara á su Hijo, puede decirle sin nota alguna de exageración: Hijo mío, eres imagen de la Sustancia divina y esplendor del Padre Eterno; pero también eres mi gloria, en cuanto ese esplendor tuyo ilumina el rostro de tu Madre. No necesito añadir más para haceros comprender de qué modo la Virgen Santísima es glorificada por Jesucristo. Por Jesucristo, digo, y aún es

poco; porque no sólo Jesucristo, sino las tres Personas de la Trinidad Beatísima hacen reflejar en María toda la gloria que á Dios asciende del gran misterio de la Encarnación.—Por ti, Hija mía, dícela el Padre Eterno, veo postrado en mi presencia al Verbo hecho hombre; sometido á Mí el que es igual á Mí.—Gloria á ti, oh Madre mía, dícela el Hijo, porque siendo yo Hijo del Eterno Padre y recibéndolo todo de El, nada le daba, nada le podía dar, hasta que por ti le tributo la gloria que no podrían rendirle los innumerables mundos que desfilan en su presencia.—Glorificote, Esposa mía, dícela el Espíritu Santo, porque hallándome en cierto modo estéril en las profundidades de Dios, en cuanto soy el término de la suprema fecundidad divina, por ti y en ti he encontrado la fecundidad que glorifica á Dios.

De este modo, H. M., el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacen resplandecer en María su eterna é invisible claridad. Diríase que esta Mujer excelsa, revestida de esa triple gloria, y haciendo que todo, menos el Sér divino, resplandezca en ella, se sumerge en el abismo infinito, desapareciendo en el profundo seno de Dios. Y se diría con razón, porque María ha recibido una especie de dignidad infinita. No os asombre lo atrevido de esta palabra: no es mía, es del Angel de las Escuelas, de Santo Tomás de Aquino. «Cuando considero, dice este Doctor, la grandeza personal de la Santísima Virgen, la concibo sin duda cada vez más alta; pero si considero su grandeza pública, veo que toca los límites de lo infinito.» Yo, á mi vez también, cuando contemplo la dignidad de María, que se eleva desde lo más alto de la creación, para perderse en las profundidades de Dios, como los cedros del Líbano que, teniendo sus raíces en lo más alto, miran debajo de sí las nubes iluminadas por los rayos del sol, me veo precisado á exclamar con San Pedro Damiano: ¡Oh! ¡Calle toda criatura; baje sus ojos, y no ose fijarlos en la dignidad incomparable é inmensa de María!

Pasemos ahora á tratar de la grandeza de la Virgen Santísima en el ejercicio de esa misma dignidad.

## PUNTO SEGUNDO.

### GRANDEZA DE MARÍA EN EL EJERCICIO DE SU DIGNIDAD.

Toda dignidad pide el ejercicio que le corresponde, porque dignidad sin ejercicio sería dignidad sin objeto. No hay sér alguno, por pequeño que sea en la creación, que no tenga que llenar una función igual á su grandeza. Síguese de aquí, que estando elevada la Santísima Virgen á la más alta dignidad, debíalo ser juntamente al más alto ministerio. Así sucedió sin duda. Asociada á Dios para ejecutar la más grande de sus obras, en la procreación de Jesucristo, fué asociada al mismo Jesucristo para llevar á cabo la salvación del mun-

do. De este modo es como su ministerio se iguala á su dignidad. La profecía, el cumplimiento de ella y la continuación del gran misterio de la Redención nos muestran, siempre y en todas partes, á María, asociada á su divino Hijo, para la obra de la Redención del mundo, Ya la primera y más solemne de todas las profecías, aquella que el mismo Dios pronunció sobre la cuna de nuestra humanidad caída, designaba en el horizonte del porvenir á la Reparadora con el Reparador. Dijo Dios á la serpiente: «Por haber seducido á la mujer, sufrirás mi maldición. Entre tí y ella, entre tu raza y su raza, pondré enemistad implacable; y ella, un día, quebrantará tu cabeza.» Todo será restablecido por un Adán y una Eva nuevos. Aquí veis, H. M., cómo la promesa de un Reparador y la de una Reparadora vienen juntas de siglo en siglo, traídas por una misma palabra. Cuatro mil años será esperado el Libertador Jesucristo; cuatro mil años será aguardada la Libertadora María: allí donde haya una profecía y una figura del uno, habrá una figura y una profecía del otro. Si Jesucristo, por ejemplo, es la verdadera Flor de Jesé, que abriéndose, dará salud al mundo, María es la Vara de Jesé que ha de producir esa Flor. Si Jesucristo es el Sol divino que saliendo por Oriente ilumina toda la tierra, María es la Aurora que anuncia á ese Sol. Cuando hojeamos el misterioso Libro del cual no hay página alguna que no profetice, y miramos á derecha é izquierda las dos líneas paralelas que vienen de Adán á Jesucristo, y de Eva á María, á través de cuarenta siglos, descubrimos á la derecha todos los hombres que han figurado á Jesucristo, trayendo en su frente un rasgo de Jesucristo á quien figuran; y á la izquierda todas las mujeres que vaticinaron á María, trayendo en su frente un rasgo de la Virgen reparadora. No hay que cansarnos: desde la cerrada puerta del Paraíso, hasta la cima del Gólgota, veréis en todas partes á la Reparadora unida al Reparador. Llega, por fin, el tiempo en que las profecías callan, y las figuras se borran, se disipan, para dar lugar á la realidad. Isaías entrevió el gran misterio y se estremeció al distinguirlo, saludando con una misma exclamación y con el propio entusiasmo á la Virgen Madre y al Dios Reparador: *Ecce Virgo concipiet; hé aquí que la Virgen concebirá, y que Dios habitará con nosotros. Et vocabitur nomen ejus Emmanuel.* (Is., VII, 14.)

Asociada María en todas partes á la promesa en la profecía del Misterio, está asociada también en su cumplimiento. El cumplimiento del Misterio, A. H. M., es la Encarnación y la Redención; es el Verbo descendiendo á la carne, donde se humilla; y el Verbo subiendo á la Cruz, donde se sacrifica. En estas dos grandes épocas del Misterio de la Reparación, María está asociada á su Divino Hijo. En este primer lugar contemplémosla en la época de la Encarnación. Dios va á ejecutar una creación segunda, y por segunda vez todo descansa en el Verbo: *Omnia per ipsum, et in ipso, creata sunt.* A este propósito, dice San Pedro Damiano, que Dios decretó del mismo modo, que la grande obra de la Encarnación se hiciese toda entera por María, con María y en María. Observad que Dios, en efecto, va á crear un mun-